

mano bendita de Piero ^vveneciano; los damascos de Almería ^mmejores aun que los damascos de Syria; los brocados de Toledo y de Murcia; los mármoles de Donatello; las porcelanas de Lúcas de la Roblia con sus coronas de flores y sus manojos de frutas; los relojes portátiles de Carovagio en bronce dorado; los camafeos recién tallados en Milan; todas estas maravillas que ha aglomerado la familia de los Buttis, digna de hombrarse por sus bancas y por sus comercios con la familia de los Médicis ó la familia de los Pittis, yacen allí en monton, perdidas y menospreciadas, á guisa de los objetos puestos por algunos pueblos, como ofrendas á la muerte, por los panteones y por los sepulcros, en la triste compañía de los cadáveres. No hablemos: que, al pasearme entre aquellos objetos, mas tristes cuanto mas hermosos, paréceme pasearme por las regiones del infierno. Y la reflexion que dirijo á mi propia conciencia no puede ser mas dolorosa: cuántas riquezas amontonadas para una sola persona, y que en desprecio y en olvido yacen, porque quien debiera gozarlas y superar en felicidad á cuantos seres felices ha contado la tierra, se empeña en labrar su propia desgracia, que en este valle de lágrimas los nacidos para felices se procuran por fas ó por nefas alguna irreparable infelicidad.

Mientras departian de esta suerte Lucrecia y su dueña Brígida, iba reuniéndose la Comunidad en el mentidero, á fin de esparcir el ánimo ya entristecido por las sombras del claustro y matar el tiempo, largo, muy largo en las tristezas de los conventos. Aquel día la reunion sobrepujaba en agrado á todas las anteriores, porque tenian las buenas monjitas seguridad de que iria Fra Filippo Lippi á concluir los arreglos necesarios para emprender sus prometidas pinturas. Unas traian encajes donde bordaban santas imágenes con paciencia digna de Job y aguja tan delgada como el aire. Otras aparejaban su caja de pastillas para iluminar los pergaminos de sus devocionarios. Estas realzaban con magníficos flecos las capas pluviales ó con sobrepuestos galones las místicas casullas. Las de más allá, hilaban al torno la tosca lana y la convertian al huso en largas y sedosas hebras. Pero todas miraban á una y con anhelo, á través de la dorada reja donde se entendian con las visitas del locutorio, á ver si llegaba el atrevido hermano Filippo acompañado, segun sus promesas, del santo hermano Serafin. Este último proyectaba un poco de sombra á la alegría monástica, porque solia quitar elocuencia á Filippo amordazando un tanto con su presencia la suelta lengua del carmelita.

Sor Teodora, empeñada en lucir á roso y belloso sus extraordinarias facultadas mentales y su riquísima erudicion científica, paseando con cierta serenidad la vista por aquel enjambre de trabajadoras religiosas, tan dadas á sus costuras y bordados, recordó cómo en el noveno siglo Santa Viborada ornaba ya con realces hechos á la aguja las cubiertas y forros de los libros sacros; y la célebre Hadwiga, hija de Enrique de Suabia regalaba al-

bas ornadas por sus manos á los primeros monasterios; y Judith de Barcelona, madre de Carlos el Calvo, cuando bautizó á la reina de Dinamarca convertida de la idolatría al catolicismo, le puso un traje de bautizar, obra de sus afanes, todo recamado de oro y cubierto de piedras preciosas. En fin, nunca acabara con estas indigestas noticias, si no viniera á interrumpirla de pronto la Priora preguntando con mezcla de humildad y de imperio.

—Qué tema ponemos esta noche en tela de juicio?

—El que Vuestra Maternidad disponga ó ninguno, porque el mucho hablar cede en deservicio de Dios. Cuando considero que debemos dar estrecha cuenta de las palabras inútiles, y recuerdo cuánto hablamos de más en estas casas, francamente me echo á temblar por la salvacion de nuestras almas.

Dijo Sor Perfecta.

—No maldigais de la palabra. ¿Cómo sin ella instruirnos, conocer cuanto pasa? Y debemos escudriñarlo todo, añadió Sor Berta, que vino la primera, y se colocó cerca de la ventana enrejada, debemos escudriñarlo todo para entender de cuántos peligros nos libertamos en el claustro. Así he sabido qué clase de pájaro es nuestro pintor, personaje ignorado de esta Comunidad.

—Calle, hermana Berta, calle por los clavos de Cristo, gritó la Priora, y no maltrate á un siervo del Señor con esa lengua que ha de causar su perdicion eterna y ha de traer sobre este Convento las plagas de Egipto.

Y despues de haber echado á Berta esta reprimenda, como para divertir la atencion de sus chismecillos de vecindad, y llevarla á mayores objetos, dijo:

—¿Visteis, hermanas, con qué elocuencia mantuvo Lucrecia el otro día que la verdadera felicidad para la mujer se encuentra en el hogar y en el matrimonio?

—Verdaderamente, exclamó Teodora. Pero imaginéla mucho más leída. Si hubiera frecuentado como yo en otro tiempo las academias platónicas eclipsara en belleza de ideas y en fluidez de palabra á las mismas mujeres griegas, tan célebres en las artes del bien decir. La erudicion clásica es en el lenguaje como los bajo-relieves antiguos en el arte, un verdadero portento. Nadie ha pintado como el divino Homero en el cántico vigésimo-sexto de su Iliada la niña que todavía necesita el pezon materno para nutrirse y que no puede aun poner los piecitos en el suelo para andar; ó el canto décimo-sexto la vírgen casadera, ceñida de rosas, hollando en concertado baile, y á las cadencias de suave música las praderas sembradas de flores. Todavía parece que veo las viñas cargadas de racimos y los vendimiadores y las vendimiadoras con sus canastos sobre la cabeza coronada de pámpanos entonando un coro acompañado por la flauta de dos tubos, cuyas suaves resonancias se dilatan por los aires y alegran y animan las

campiñas Qué belleza tan sencilla y armoniosa la belleza de aquellas fiestas nupciales en que la vírgen se levanta del lecho asistida por el gefe de la familia, padre, monarca, pontíce, para ser llevada á casa de su novio entre los cánticos de los jóvenes concertados con las cadencias de las cítaras y de las liras, precediéndola hermosos esclavos con antorchas resinosas y perfumadas, acompañándola parejas de magestuosos bailes, y bendiciéndola el pueblo que se acerca á su dorado carro para deseárselo un amor sin límites y una posteridad sin mancha en los brazos de su esposo y entre el aleteo de sus pequeñuelos, todos los cuales se mirarán en sus ojos con dulce arrobamiento.

—Eso está muy bien, dijo Rita, la monja dada á las cuestiones sociales, pero creeria propio del momento y del artista esperado departir sobre las instituciones políticas que mas se armonizan con el Cristianismo.

—Buena materia para Fray Serafín, que sabe mucho de libros, dijo Berta, por decir algo, pero materia baldía para Fray Filippo, que solo sabe de pinturas. Y aun si pinta, mas lo hace por inspiracion que por estudio. El único arte en que le creo ducho es en el arte de amar.

—Calle, lengua de infierno.

Exclamó la Priora, saliéndose de sus casillas al oír las temerarias palabras de Berta, llenas de malas intenciones y encaminadas á desconsiderar un artista y un religioso, en quien tenia puestas todas sus esperanzas de esplendor y de grandeza para su Convento. Así es que Sor Berta, conociendo como la Superiora se violentaba, selló el labio y dijo entre dientes.

—Haz lo que quieras, vieja regañona y ridícula, que ya te saldrá á la cara ese entusiasmo por el demente de Lippi

—Aquí no estamos, dijo Sor Rita picada con Sor Berta porque llevaba la conversacion lejos de su monomanía política, aquí no estamos para tratar asuntillos de vecindad, sino asuntazos de monta. Nada nos vá en que la escribana gane el jubileo, y el juez vaya descalzo á la romería, y la doncella de junto corresponda al veterinario de enfrente, y el farmacéutico de la calle ancha venda yerbas malas por drogas buenas, y la partera de la ciudad logre los muchachos mejor que la partera del campo, y el médico tal ó cual cure á los niños de ojos, y la viudita casta enferme de partos secretos. Nada de eso nos importa. A cosas mayores ciertamente estamos llamadas. Hay en el mundo tiranos y tiranizados. ¿Debemos nosotras, que somos de continuo arrodilladas ante las potestades celestes, y por lo mismo ciertas de que nuestras oraciones han de atenderse en la Eternidad, rogar por los opresores? Pues equivaldría á que los ángeles del cielo orasen por Satanás. Ya que nosotras sacrifiquemos nuestra libertad particular, que sea en provecho y honra de la libertad de todos. Nadie se daña á sabiendas á sí mismo. Y el pueblo todo congregado en la universalidad de los ciudadanos debe saber de sus propios asuntos mas que todos los reyes de Europa

y todos los doctores de Bolonia. Y luego, nosotras, ovejas predilectas de Jesucristo, debemos odiar á los tiranos, á los verdaderos lobos de la grey cristiana, hasta el punto de exterminarlos si es preciso. Jesucristo nada poseyó en la tierra y nada nosotras debemos poseer mas que su reino celestial, cuyos dominios se dilatan por los espacios infinitos del humano espíritu y no por el barro inmundo de esta baja tierra.

—Hermana Rita, hermana Rita, dijo la Abadesa, no entre en tales honduras que pueden marear hasta los entendimientos mas profundos. Lo que ha dicho es una herejía manifiesta, por lo que han merecido muchas gentes las dos muertes, la temporal y la eterna.

—Hablemos de las artes.....

Exclamó Constanza, cuando de rejas afuera se oyeron estas palabras dichas solemnemente por dos varoniles voces:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento.

—Para siempre sea alabado.

Contestaron las monjas.

—Ave María Purísima.

Repitieron las voces.

—Sin pecado concebida santísima.

Dijeron las monjas.

Y dos monjes, uno con hábito blanco, otro con hábito de estameña parada, se adelantaron hácia la reja del locutorio.

Tengo la seguridad de que habrán adivinado en ambos á dos todos cuantos leyeren, la figura ya conocida de nuestro franciscano y la figura no menos conocida de nuestro carmelita. Las monjas se regocijaron mucho de este esperado arribo, y se reunieron en torno de la áurea reja para saludar al santo jóven Serafín y al endemoniado jóven Filippo. Los ojos de éste, que muchas veces le saltaban casi de las órbitas, fijáronse en la clausura donde estaban las monjas, buscando con anhelo á Lucrecia, y al ver que no estaba, espesa nube de tristeza pasó por ellos, nube semejante al velo de la muerte. Cayeron pues sus brazos, y se inclinó su cabeza con desesperacion.

—Hermano Lippi, díjole con gran reverencia la Madre Abadesa, hermano Lippi, mucho nos regocija verle por esta santa casa, pues queremos saber cuando comenzará sus trabajos á fin de que podamos ornar nuestros altares con esas obras maestras, verdaderas inspiraciones del cielo.

Debe decirse que el primer impulso del fraile, arrastrado por su impetuosa naturaleza, fué no responder á la pregunta sino preguntando por Lucrecia, único objeto de sus ansias y blanco único de su visita. Pero como ducho en las sirtes de la vida, y dado al disimulo para más fácil logro de sus deseos, recogióse un momento sobre sí mismo, y resolvió llegar al fin apetecido por largos y tortuosos pero tambien más fáciles caminos.

—Ya sabeis, señora, que á serviros vengo, y, esclavo de este Convento, á vuestro arbitrio me entrego y bajo vuestras órdenes me pongo.

—Un buen pintor ó un buen escultor es como un enviado del cielo, que trae de su reino celestial divinas reminiscencias á la tierra. Estos monasterios son sobrehumanos, cuasi divinos, imágen del Empíreo todo, porque están llenas de imágenes particulares de los santos, de las vírgenes, de todos los bienaventurados con cuya devocion se logra la vida eterna y se purifica la vida temporal. Por tanto en vos tenemos, hermano Filippo, un mensajero que reproduce las hermosuras celestiales como si las estuviera viendo en las beatíficas visiones.

—Holgárame de ser tal como Vuestra Maternidad me imagina, inspirado en mis ideas, hábil en mis manos, digno de vuestra eleccion.

--Todo el mundo lo pregona.

—A veces todo el mundo se engaña.

—No en este caso.

—Quizá en el que más se engaña.

—Nuestros ojos lo ven.

—Con el color del afecto.

—Inspirado por vuestras mismas obras.

—¿Tanto deseo teneis de que vuestro Convento posea mis cuadros?

—Es natural, dijo Serafin. Cada monumento de Italia brilla por un artista cuyas inspiraciones en las piedras se asemejan al centello de la luz en los astros. Santa María Novella brilla por la Virgen de Cimabue; San Márcos brilla por el Calvario de Fra Angélico; el Carmine brilla por la Resurreccion de Masaccio; la Iglesia de Asis brilla por la obra del Giotto; el cementerio de Pisa brilla por las figuras que en sus paredes han dejado Gozzoli y Orcagna: que el monasterio de Santa Margarita brille mañana, Filippo amigo, por tus celestiales ideas.

—Mucho me obligas, Serafin hermano, con esas dulces palabras. Algunos de los grandes pintores, que has citado, parecian hijos de la primera luz, despedida por la mirada de Dios sobre el mundo ántes de elevarse las sombras del pecado á oscurecer las almas, y las sombras del mal á oscurecer los cielos. Fra Angélico no pintaba figuras sino ideas; no trazaba cuerpos sino almas. Su vida pasaba en la adoracion, y en la adoracion extática. Diríase que era un bienaventurado preso y perdido en nuestra baja y oscura tierra. Pero yo nado en la vida del Universo; por cuyos senos me pierdo y me abismo de continuo. Más suele inspirarme el rumor de los airecillos en las hojas que el rumor de los pensamientos en las conciencias. Más gusto de pintar una flor, recién brotada en los campos, que de pintar una oracion recién salida del pecho. La vida, la vida me arrebató y me lleva en sus torbellinos al seno de la madre universal, de la Santa Naturaleza. No me bastan pues las inspiraciones de mi fantasía, los conceptos de mi

entendimiento, los arrebatos de mi corazon, para concluir una grande obra; necesito, además de todo esto, los séres vivientes, los cuerpos reales, las formas tangibles. Para mí el arte es lo ideal contenido y encerrado en la viviente realidad. La belleza compenetra la verdad como el alma al cuerpo y la verdad á la belleza como el cuerpo al alma. Para lo bello me basta mi idea interior; para lo verdadero necesito el modelo externo. ¿Qué deseais tener de mis manos en vuestra Iglesia? Señora.

—Deseo una Virgen.

—¿Una Virgen?

—Ciertamente.

—Muchas veces habrá reflexionado vuestra Maternidad sobre las dificultades materiales que tiene el trazar una Virgen.

—Muchas veces.

—Hay que unir lo divino y lo humano, la belleza celeste y la belleza plástica, el cielo y la tierra en sus armonías. Hay que expresar la pureza de la doncella inmaculada y la serenidad de la madre verdadera. Las dos virtudes primeras de la mujer han de lucir en su frente con luz misteriosa, la pureza y la maternidad. El niño que lleva en los brazos es su hijo y su Dios. Ella tiene la carne de Eva y la gracia de Dios. En las formas nuestras, formas de pecado y de muerte, ha de encerrarse la luz increada, luz de gracia y de vida. María, más que ningun otro sér, contiene los dos extremos del Universo, la debilidad de la criatura humana juntamente con la perfeccion de la divina esencia. Todas las grandes figuras extáticas que pueda trazar el pincel, aspiran á Dios; María solamente lo posee porque lo lleva en su vientre más adorable que todos los santuarios. Para pintar verdaderamente la Virgen y la Madre; para expresar lo divino y lo humano; para unir el cielo con la tierra ha de juntarse nuestra idea celeste con la humana forma. Necesito pues, no solamente la idea que en mi interior se esconde y en mi retina se trasluce, sino el modelo viviente, una jóven hermosa que sea como el vaso de eleccion donde yo pueda recojer la forma mas propia de expresar la hermosura terrestre de la Virgen-Madre en armonía con mi idea, cuya esencia debe contener y encerrar la esencia celeste. Para subir al cielo necesitamos un punto de la tierra donde fijar la planta. Para expresar la hermosura ideal necesitamos de la hermosura real. No puedo pues pintar la Virgen invisible sino por medio de un modelo visible.

—Ya sabe Vuestra Paternidad que comprende este Convento lo que en su pro haceis dejándole un cuadro representativo de María. Por consecuencia pedid modelo y tendré á dicha lográroslo, si por casualidad no lo habeis encontrado.

—Lo he encontrado.

—¿Dónde?

- En este Convento.
- ¿Cómo se llama la que habeis elegido?
- Creí habérselo indicado el otro día.
- Elegid entre las madres.
- No está ahí la que yo he elegido.
- ¿Por ventura Lucrecia Butti, que se ha quedado en su celda?
- Habeis dicho el nombre.
- Caso singular.
- ¿Por qué?
- Porque sobre ella no tengo el poder y la autoridad que sobre las monjas ó las novicias.
- ¿Cómo?
- Ni es religiosa, porque no ha profesado; ni es novicia, porque no lleva ánimo de profesar; ni es educanda, porque mas bien debiera llamársele educatriz. Por consecuencia no tengo jurisdiccion alguna sobre ella. No puedo mandar como pudiera mandarla á cualquiera otra en este Convento. Le rogaré y creo que oirá mi ruego.
- Aquí de mi ciencia, dijo Sor Berta. Ahora mismo voy á dar á Vuestra Maternidad, Señora Abadesa, un consejo, si me lo permite.
- Hable Sor Berta: que el asunto tiene importancia bastante á embargar el ánimo de toda la Comunidad.
- Cosa difícil obligar á Lucrecia á que sirva de modelo, ni siquiera para un cuadro de la Virgen, á causa de su recato.
- ¿De veras? Dijo Lippi enardecido como siempre que se veia contrariado. Si fuera para un cuadro de Eva lo comprendo; pero no lo comprendo para un cuadro de la Virgen.
- Me llaman mala lengua, dijo Sor Berta, y afirmo que no hay en toda Italia mujer del recato y de la pureza de Lucrecia.
- Pero ¿á qué recato puede ofender el trasladar velada por todos los velos de la castidad aquella frente espaciosa, aquella cabeza esférica, aquellos ojos divinos, aquella sonrisa celestial á un lienzo en representacion de la mujer única que por gracia divina ha reunido todas las perfecciones?
- Decid lo que querais, no podeis negarme cuanto hay en esto de violento.
- Dijo Sor Berta.
- Innegable, innegable, innegable.
- Añadió la Priora.
- ¡Modelo! dijo Sor Teresa. Todos los artistas lo necesitan. Arcesilao vendió al epicúreo y riquísimo Lúculo por seiscientos mil sextercios el modelo en barro que le sirviera para esculpir luego la estatua de la Felicidad.
- ¿A qué vendrán esas cosas del otro mundo cuando hablamos de este?
- Exclamó Sor Berta,

- Siga, hermana, siga, que la oigo con atencion verdadera.
- Dijo la Priora á Berta.
- Segun mis noticias Guido de Montaperto ha reclamado un retrato de Lucrecia Butti, á pesar de haberle tan ruidosamente desdeñado.
- Es verdad.
- Respondió la Priora.
- Pues comenzad por pedir á Lucrecia se preste á ese retrato.
- ¿Por qué esa preferencia?
- Porque se negará seguramente.
- ¿Y necesitamos pedírselo con la seguridad de que se niegue?
- Cierto.
- Pues no lo entiendo.
- Yo sí. Por lo mismo que se habrá negado á dar su rostro para retrato, no podrá negarlo para modelo. Rara vez se niegan dos cosas á un tiempo.
- La Priora dió la razon á Berta, y se encaminó seguidamente al cuarto de Lucrecia. La receta produjo el resultado apetecido. Lucrecia que se negara á la demanda del retrato para Guido, no pudo negarse á la demanda del modelo para Lippi. Cuando este lo supo, reveló en sus ojos con aquel fuego vivísimo que trascendia de sus pasiones interiores, un pensamiento mas impuro que los pensamientos artísticos. Serafin sorprendió en la mirada esta idea siniestra, y dijo, levantando los ojos al cielo.
- Yo velaré por la virtud y la inocencia.